

cia las islas Chaos. Después de franquear el canal de Suez, la 3.^a escuadra marcha á reunirse con la 2.^a, lo que se verificará, si no ocurren incidentes imprevistos, á mediados de Abril. Para estos mismos días se anuncia la partida de la 4.^a escuadra, compuesta en su mayor parte de barcos nuevos y potentes que pondrían á Rozhdestvensky en excelentes condiciones para librar una batalla decisiva. Sin embargo, aunque se ha trabajado mucho en los astilleros del Báltico, difícil es que la 4.^a escuadra se halle tan pronto en condiciones de darse á la mar.

La flota japonesa mantiene una división de observación cerca de Wladiwostok, y el grueso está recnncntrado al S. del Japón. Probable es que algunos cruceros vigilen los estrechos del SE. de Asia; lo positivo es que varios cruceros auxiliares recorran las costas de la India y de los archipiélagos del E., sin tratar de ocultarse, antes al contrario haciendo ostentación de su presencia y de sus propósitos, que no son otros sino los de advertir la aproximación de la flota rusa y tratar de capturar ó destruir los numerosos barcos mercantes que con agua, provisiones y carbón acompañan á las escuadras moscovitas.

Es tan extraordinario y tan inaudito todo lo que con la marina rusa viene acaeciando desde el principio de la guerra, que resulta difícil atinar cuál es el verdadero objetivo de la escuadra de Rozhdestvensky y cuáles los planes que ha de poner en ejecución.

Argumentando con lógica tendríamos que llegar á la conclusión de que en modo alguno aquella flota se atreverá á presentarse en los mares del Japón, y mucho menos aceptará batalla con el enemigo. Mientras Rusia disponga de la 2.^a y 3.^a escuadra del Pacífico, pronto reforzadas por la 4.^a, podrá abrigar la esperanza de vencer al Japón, y aunque en tierra sus ejércitos sean de nuevo

derrotados y se internen aun más al N. los japoneses, el imperio ruso no habrá recibido ningún golpe mortal, y con ayuda del tiempo todas las adversidades y desaciertos podrán ser reparados. Pero si las varias fracciones de la armada rusa son enviadas sucesivamente al combate y destruidas en detalle unas tras otras, quedando definitivamente asegurado el predominio marítimo del Japón, lo más que podrán conseguir los ejércitos del Czar será una paz honrosa, nunca brillante y ventajosa.

Grave desacierto fué el envío al Oriente de la flota Rozhdestvensky, sabiendo como sabía el gobierno ruso que los barcos de Port-Arthur iban á ser anegados por sus propias tripulaciones. Preferible hubiera sido demorar la partida de aquella escuadra hasta que, reforzada por la tercera, y luego de terminadas las unidades que han de componer la cuarta, se alcanzara la superioridad indiscutible sobre el enemigo. Habríanse evitado así muchos riesgos, y no perderían los barcos de Rozhdenstvensky cualidades maniobreras y militares en los largos meses que llevan navegando.

Pero ya que el desacierto es irreparable, lo juicioso sería no acercarse demasiado al Japón la 2.^a escuadra del Pacífico, y procurar conservarla á todo trance, en unión de la 3.^a y 4.^a, para hacerla pesar como una amenaza constante mientras dure la guerra y servirse de ella como factor inapreciable que mejore las condiciones de paz, cuando llegue el momento de concertarla.

Esto es lo prudente, pero no sabemos si es lo que se proponen los encargados de dirigir las operaciones marítimas, inspiradas hasta el presente en la falta más absoluta de previsión y de prudencia.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

1 Abril, 1905

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Revista internacional, por F. Larin.—Batalla de Mukden, (conclusión), por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.—Después de la derrota, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Los pozos de lobo como obstáculo pasivo.—Las condiciones geográficas de la retirada rusa.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Compra de caballos destinados á la guerra, en San Petersburgo

REVISTA INTERNACIONAL

Las grandes agencias internacionales de información no cejan en su campaña en favor de la paz, empeño que sería muy laudable por su fin, si no fuera movido por una parcialidad excesiva hacia una de las potencias beligerantes.

Cada descalabro de los rusos y aun cada batalla importante ha dado motivo á innumerables telegramas, consultas y artículos cuya síntesis es la siguiente: el Japón, seguro de su triunfo en toda la línea, solo concertará la paz si su enemigo se doblega á todas las condiciones que le imponga el Mi-

kado; todos los pensadores y hombres de talento de Rusia se muestran partidarios de la paz inmediata y poco menos que obtenida á cualquier precio; pero los grandes duques y los personajes palaciegos, que tienen enagnado y punto menos que aprisionado al Czar—del que ha llegado á decirse que está loco—ocultan al monarca la verdadera y por de contado gravísima y ruinosa situación del imperio, y le impelen á continuar la guerra.

Lo que haya de cierto en los rumores de paz ni lo sabemos, ni lo saben tampoco los eminentes corresponsales que se precian de dirigir á la opinión, á la que tienen en con-

tinuo sobresalto con sus estupendos noticiones. Y aunque tenemos fundados motivos para creer que la situación interna de Rusia no es tan grave como se nos pinta, declaramos espontáneamente y de buena fe que tal vez las discordias, manifiestas ó latentes, del pueblo ruso impongan una paz que los acontecimientos de la Mandchuria alejan cada vez más.

Los periódicos británicos, invariablemente en todas sus ediciones, reflejan el estado de los dos pueblos combatientes; en uno de ellos, verdadero Potosí y Arcadia, los nego-



General Afanasovitch,
jefe de la 22.ª división de infantería

cios, las ciencias, las artes, todo, en una palabra, prospera de un modo extraordinario, no recordándose en la historia un caso igual de país tan afortunado; la misma naturaleza le favorece, haciendo surgir del fondo de los mares nuevas islas que aumentan la extensión territorial del felicísimo Japón. El otro pueblo es una caja de Pandora, donde todas las malas pasiones, los vicios y miserias andan en pugna unos con otros, dando origen á una nación corrompida, empobrecida y próxima á desmembrarse y perecer.

Comprendemos, por consiguiente, que los ingleses se hagan lenguas de sus aliados y se desaten en improperios contra Rusia.

Hasta aquí el laborantismo británico-japonés no deja de ir bien dirigido, y consigue hacer prosélitos, por lo menos en aquella parte de la prensa extranjera cuyo principal redactor es el instrumento acerado que evita el trabajo de discurrir y de escribir. Pero lo que sigue no tiene ya explicación satisfactoria y que redunde en prestigio de los periódicos ingleses, cuyo ingenio y habilidad no brillan á grande altura.

Desde el sesudo *Times* al furibundo *Daily Mail*, y desde el *Daily Telegraph* al *Standard*, todos, casi sin excepción, manifiestan su abierta hostilidad á Rusia, enumeran las ventajas que reportará á Inglaterra la derrota del coloso del Norte, y todos, en esto sí que sin excepción, tienen como hecho consumado y que no admite la menor duda, la victoria completa y esplendorosa de las armas japonesas. Según esto, la continuación de la guerra solo puede conducir á agravar el desastre de los rusos, y á consolidar y afianzar las conquistas del Japón, por lo cual parece lógico que los ingleses procurasen avivar el incendio, descartando para un remotísimo porvenir todo peligro que venga del lado de Rusia. Pues bien, lo sorprendente es que la prensa británica, á coro y obedeciendo á una batuta única, no cesa de recomendar á Rusia que concierte la paz sin pérdida de tiempo, y cada vez que el Czar ó cualquier personaje moscovita se pronuncia en favor de la continuación de la guerra, aquellos periódicos lo fustigan, lo denigran y lo ponen cual digan dueñas.

De donde se infiere que la Gran Bretaña aparenta una confianza que está muy lejos de sentir en el triunfo del Japón, y teme que á la postre los nippones salgan escarmentados; ó trata de evitar que su aliado se ensorberzca y suplante en Asia la influencia inglesa. Lo probable es que ambas consideraciones entren por partes iguales en los móviles que agitan á la opinión inglesa.

Las habilidades y talentos diplomáticos de M. Delcassé van resultando un poco desiguales. Alió á su país con Rusia, creyendo así intimidar á Alemania y garantizar las fronteras orientales de Francia, y á la vuelta de algunos años, Rusia, después de sacar el dinero á la república amiga, se desangra y debilita, y además estrecha de un modo imprevisible sus relaciones con Alemania. La rivalidad tradicional entre Inglaterra y Francia, desapareció y dió lugar, gracias á la astucia del bullicioso M. Delcassé, á la *entente cordiale*; con ella la Gran Bretaña aseguró sus garras en Egipto, y empujó á Francia para que tomara la iniciativa en la cuestión de Marruecos, quedándose los ingleses en segunda fila, sin duda para tener los manos libres y poder tomar parte en el presunto reparto. Pero cuando envanecida y satisfecha la república francesa va á iniciar sus maquiavélicos proyectos, el canciller alemán pronuncia en el Reichstag un dis-

curso que deja suspensos á los franceses, y antes de que se repongan y salgan de su asombro, el Kaiser lleva á cabo uno de esos actos de resonancia que le han hecho tan famoso, desembarcando en Tanger y reconociendo así la plena soberanía del Sultán sobre el imperio de Marruecos.

No sabiendo á dónde dirigir sus miradas, M. Delcassé las vuelve á Inglaterra, y trata de que la escuadra francesa se codee y pasee por los mares con la inglesa, señal cierta é indudable de que cuando llegue la hora de ajustar la cuenta, Francia pagará los vidrios rotos.

¿Quién les había de decir á todos los monarcas que rigieron los destinos de la nación vecina, y muy en particular al gran Napoleón, que andando los años Francia se indispondría con casi todas las potencias y vendría á caer en los brazos—brazos que aprietan tanto cuando estrechan—de la Gran Bretaña? Volvemos á la política internacional de Napoleón III y á la torpe diplomacia de aquel tiempo; volverán á reproducirse los sangrientos trastornos á que dieron lugar los errores y desaciertos de hace cuarenta años?

Está ahora mucho más revuelto el mundo político, y á poco que pierdan la serenidad los hombres de Estado, la hoguera del Extremo Oriente prenderá también en Occidente.

La prensa japonesa no concede crédito á los rumores de paz. El importante periódico *Jiji Shunpo*—*Times* japonés—declara que los reveses no afectan á Rusia. El Czar no se muestra dispuesto á sacrificar el prestigio de su casa y abandonar su posición preponderante en la dirección del Imperio. Pero los ejércitos japoneses continuarán su movimiento de avance y no conceden á Rusia un momento de respiro.

El *Kokumin* considera insensato é inútil que Rusia prolongue la guerra, y dice que si Rusia quiere cerrar los ojos á la luz de la razón, el Japón aprovechará esa ceguera.

El *Nichi Nichi Shimbun*, por su parte, opina que Francia es la única potencia capaz de tomar la iniciativa para persuadir á Rusia que negocie la paz; pero es muy dudoso que Rusia quiera aceptar el consejo, porque las condiciones de paz implicarían la muerte de la burocracia, y la burocracia no muestra inclinación al suicidio.

F. LARÍN

BATALLA DE MUKDEN

(22 de Febrero al 12 de Marzo)

(Conclusión)

Retrada al N. de Tie-ling

En la noche del 12 de Marzo, todo el ejército ruso, salvo pequeñas fracciones que se incorporaron al día siguiente, quedó con-

centrado en Tie-ling. En las alturas que hay al S. de esta plaza se estableció el 4.º cuerpo siberiano, del I ejército, extendiéndose la división Michtchenko por las llanuras del SO. Desde el primer momento ocupó el general Kuropatkin en poner orden en las unidades de su ejército, y continuar hacia el N. la evacuación del material.

Creyendo tal vez el mariscal Oyama que el enemigo se hallaba desmoralizado y disperso, lanzó el día 11 su caballería en persecución de los rusos, pero la brigada del Cáucaso, á pesar de lo mucho que había padecido al cargar, el día 9, á las tropas de Nogi, mantuvo á raya al enemigo, y cuando una parte de la división Michtchenko avanzó á su vez, los jinetes japoneses retrocedieron á toda prisa. No obstante, los batallones del 2.º ejército que se conservaban en mejor estado por haber tomado muy escasa parte en la batalla, pasaron á ocupar las cabezas de las columnas, y el día 13 las vanguardias japonesas llegaron á la vista de Tie-ling.

En lugar de apoyar al ejército de Kuroki, el de Kavamura tomó el día 10 la dirección de Yin-pan, y dos días después, partiendo de este punto, se dirigió al NE. apartándose del resto del ejército. Tres días más tarde, también Kuroki, ó por lo menos una fracción considerable de sus fuerzas, tomó la misma dirección. Quedaron entre Mukden y Tie-ling los ejércitos de Nodzu, Oku y Nogi.

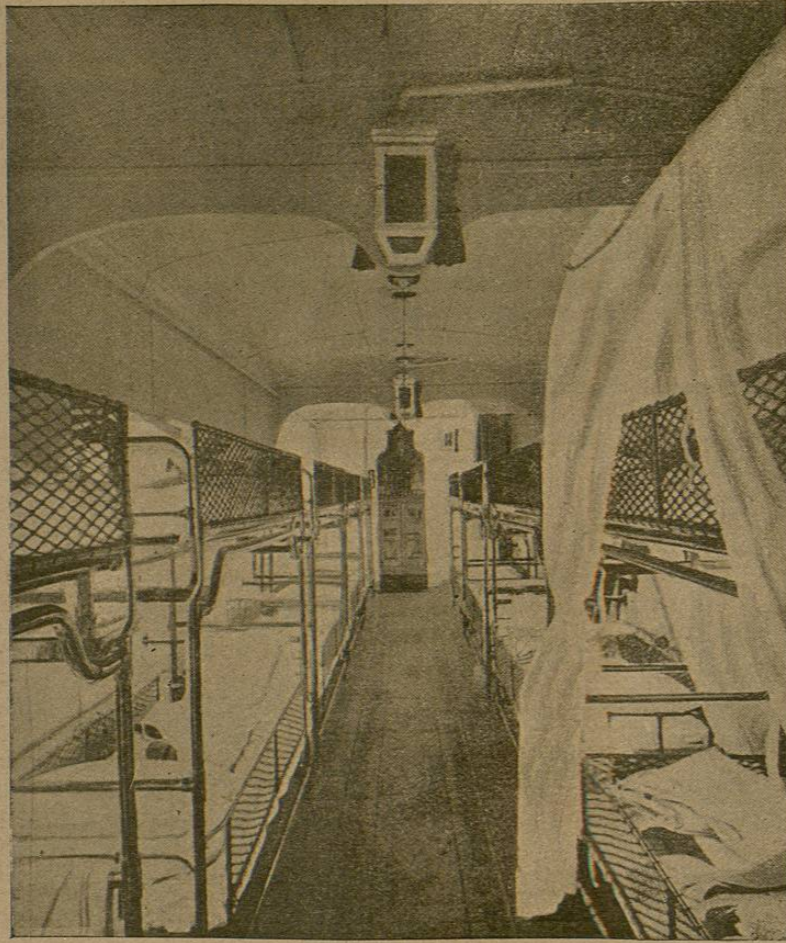
El 14 de Marzo, tres brigadas japonesas emprendieron el ataque de Tie-ling, siendo rechazadas con grandes pérdidas por el 4.º cuerpo siberiano. Reunido un consejo de guerra, aprobó, á propuesta del generalísimo, la continuación de la retirada, que comenzó al día 15 á primera hora. Todo el material y los heridos habían sido ya enviados al N. El día 15, la retaguardia rusa, aún en Tie-ling, sostuvo otro combate con el enemigo, corriendo el principal papel á cargo de la artillería. Este fué, en realidad el último hecho de armas, pues las acciones libradas hasta últimos de Marzo se redujeron á tiroteos entre las avanzadas, y encuentros de pequeñas patrullas.

Los tres días que permaneció el ejército ruso en Tie-ling bastaron para que recobrar su fuerza militar, abasteciéndose y municionándose los batallones, á los que dió nuevos alientos la llegada de los primeros escalones del 4.º cuerpo europeo.

El 16 entraron los japoneses en Tie-ling; el 17 salieron los rusos de Kai-yuan (1), ocupada por los japoneses el 19—y en este último día evacuaron los moscovitas Chang-tu-fu, alcanzado por el enemigo el día 21. A partir de esa fecha cesó el contacto entre los dos ejércitos, disminuyendo los japo-

(1) En el próximo cuaderno publicaremos un mapa del actual teatro de la guerra. (Nota de los E.)

neses la celeridad relativa de su avance, y deteniéndose los rusos á mitad de distancia de Kai-yuan á Kirin. Encargado el general Lenevitch del mando supremo de las fuerzas rusas en el Extremo Oriente, y no apareciendo nombres de localidades en sus despachos, no es posible determinar con exactitud la situación de los ejércitos rusos; en la misma incertidumbre se está con respecto al ejército japonés. Lo que sí puede tenerse como cierto es que una parte de este último marcha por el camino de Yin-pan á



Interior de un coche-ambulancia del transiberiano

Kirin, observado por algunas tropas rusas cuyo efectivo se desconoce. La próxima batalla arrojará luz sobre las operaciones de la Manchuria, tenidas ahora en el mayor secreto por los dos beligerantes.

Bajas de los dos ejércitos

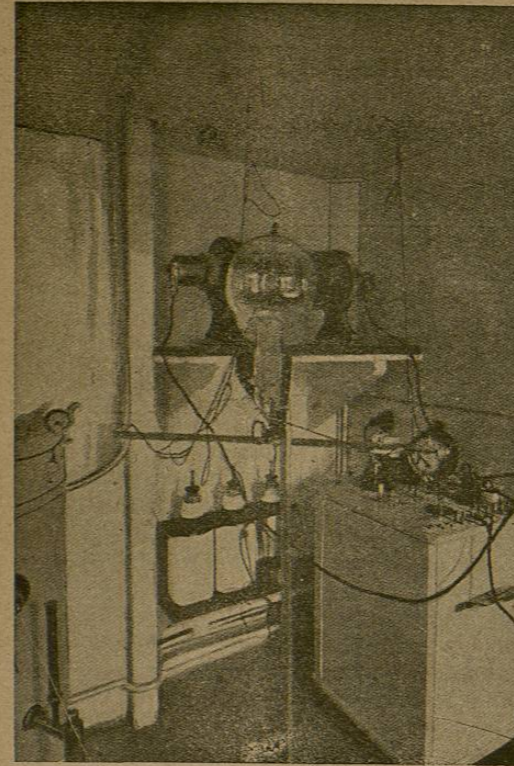
A pesar de los días transcurridos, ni el Ministerio de la Guerra de Tokio, ni el de San Petersburgo, han revelado la cifra exacta y definitiva de las bajas sufridas en Mukden, por lo que hemos de atenernos á las relaciones incompletas transmitidas á raíz de la acción,

En un despacho fechado en la noche del 11 de Marzo, el mariscal Oyama estima así las pérdidas de los rusos: prisioneros, cerca de 40.000, incluso el general Nakhimoff; banderas, dos; cañones, cerca de 60; fusiles, 60.000; carros de municiones, 150; carros de transporte, 1.000; proyectiles de artillería, 200.000; cartuchos de fusil, 25.000.000; cereales, 77.000 fanegas; forraje, 283.000 fanegas; carriles, 69 kilómetros; vagones de ferrocarril, 300; caballos, 2.000; planos y mapas, 23 carretadas; equipo, 1.000 carre-

tadas; pan, 1.000.000 de raciones; combustibles, 70.000 toneladas; heno, 70 toneladas.

En el frente de operaciones de los ejércitos 1.º y 5.º, el mismo mariscal dijo, con fecha 12, que el botín fué: ametralladoras, 6; fusiles, 2.200; cartuchos de fusil, 320.000; proyectiles de artillería, 11.500; herramientas de zapador, 6.000; carriles, 53 kilómetros; vagones, 450; uniformes y vestuario, 10 carretadas; prisioneros, 80.

Las bajas japonesas—telegrama del día 11—desde el 26 de Febrero, se reputan en 41.222 hombres. Con fecha 27 de Marzo, eleva esta cifra á la de 57.000 hombres



Aparatos eléctricos en un coche-ambulancia del transiberiano

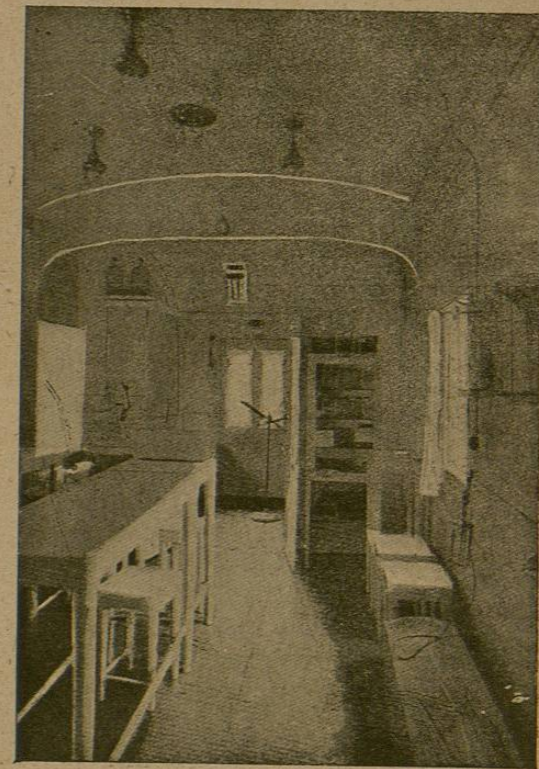
murtos y heridos, figurando entre los primeros el general Mayeda.

Si desde el principio de la guerra los japoneses hubiesen demostrado siquiera una mediana veracidad en el cómputo de las pérdidas rusas y en la apreciación de las suyas propias, nada tendríamos que observar á los números expuestos, por más que cause profunda extrañeza la forma y manera como los engloba el generalísimo japonés. Pero recordando lo acontecido desde el Ya-lú, las grandes exageraciones de Liao-Yang y del Sha, y la puerilidad del silencio guardado durante el sitio de Port-Arthur, nos vemos obligados á examinar el grado de exactitud de los despachos japoneses.

En primer lugar, desde los tiempos más remotos y en todas las guerras sin excepción, se mide y aprecia el resultado material de una batalla por el número de muertos, heridos y prisioneros, y el de cañones tomados al enemigo; todo lo demás es secundario y, en muchos puntos, insignificante y despreciable. Esto sentado, maravilla que el día 11 los japoneses hubiesen contado las raciones de pan, el forraje, el combustible, cargado numerosos carros de mapas de papel, averiguado el número de cartuchos, y en cambio evaluado solo con aproximación el de prisioneros, y, lo que es mucho más admirable todavía, el de cañones. En los días sucesivos, hasta el 31 de Marzo, el general

Oyama sigue detallando el botín de guerra, da cuenta de que ha puesto en libertad 70 funcionarios de la categoría de oficial, 657 de la clase de tropa, 32 enfermeras, 2 sacerdotes y 4 mercaderes, todos ellos no combatientes, pero no agrega una sola palabra respecto del número de prisioneros y cañones, que es en realidad el dato más importante.

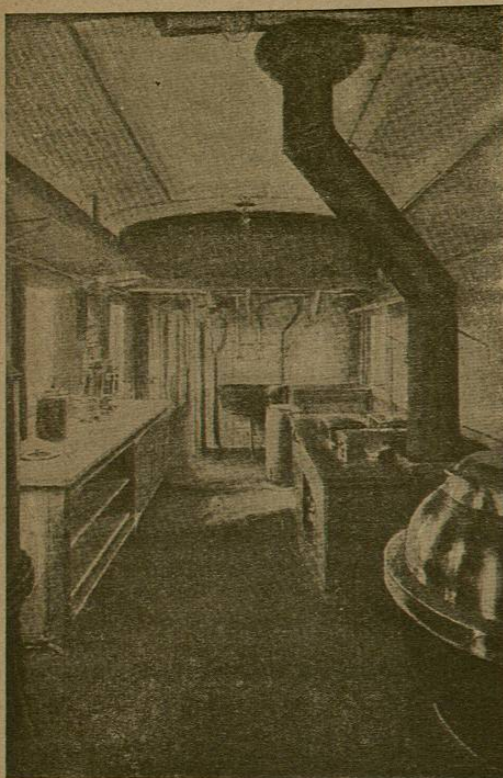
Admitiendo, sin embargo, la exactitud de los despachos japoneses, resulta completamente inexplicable cómo el ejército ruso pudo retirarse á Tie-ling, y como á las 24 horas de emprender la retirada estaba fuera del alcance de los japoneses, á pesar de hallarse Nogi mucho más al N. que casi todo el ejército ruso. Efectivamente, contando el general Kuropatkin á sus órdenes unos 330.000 hombres y teniendo 350.000 Oyama, si los primeros perdieron 110.000 muertos y heridos—según suponen los japoneses—y 40.000 prisioneros, el efectivo quedó reducido á 180.000 hombres, frente á 283.000 del enemigo, el cual además amenazaba la línea de retirada y había roto el centro de la línea moscovita. La salvación de un ejército en tan deplorables circunstancias sería un milagro, y apenas tiene precedente en la historia. ¿Qué juicio habríamos de formar de los generales japoneses que después de derrotar al enemigo lo dejan escapar, permitiendo que desfile paralelamente y al alcance de los fusiles de sus tropas victoriosas?



Sala de operaciones quirúrgicas en un coche-ambulancia del transiberiano

Por otra parte, el corresponsal británico con el ejército de Oku, telegrafió el día 12—sin que los japoneses pusieran inconveniente á la transmisión del despacho—que el 3er. ejército tuvo de 18 á 20.000 bajas, lo cual, teniendo en cuenta el efectivo de los demás y el desarrollo de la batalla, supone un total general, en los cinco ejércitos japoneses, de 75 á 85.000 muertos y heridos, cifra que consideramos, si no exacta, muy parecida á la verdadera.

Tampoco los rusos han hecho públicas las bajas sufridas en Mukden. El Inspector de Sanidad Militar, Trepoff, telegrafió desde Tie-ling el día 14, participando que el número de heridos enviados al N., desde el



Cocina en un coche-ambulancia del transiberiano

principio de la batalla hasta la fecha del telegrama, fué: 1379 oficiales y 56723 clases y soldados, quedaron además en Mukden 800 heridos graves, junto con 350 heridos japoneses. El número de heridos llega así á unos 59.000, los que supone 74.000 bajas. A este número hay que sumar el de prisioneros ilesos, que no parece excedió de 14 á 16.000, dando en conjunto una pérdida de 90.000 hombres. El 31 de Marzo, el Ministerio de la Guerra de San Peterburgo declaró que aunque no era posible todavía detallar las bajas, estas no llegan á 90.000 hombres.

Juicio crítico

Si la batalla de Mukden hubiese termi-

nado con la destrucción ó por lo menos con la inutilización temporal del ejército ruso, su influencia en el resultado final de la guerra pudiera haber sido casi decisiva; pero contrariamente á lo anunciado por el telégrafo en los primeros días, no solo el ejército moscovita conservó su valor como fuerza organizada, sino que rechazó á los japoneses, dos días más tarde, en Tie-ling, y al siguiente su caballería tomaba la ofensiva.

Posible es que colocado otro ejército en la difícil situación en que se vió el ruso el día 9, sufriera pérdidas espantosas que provocaran la dispersión de la mayor parte de las tropas; nunca como en esta ocasión se ha hecho patente el espíritu de cohesión y solidaridad de los soldados del Czar, y la sangre fría y entereza de la mayor parte de sus generales, quienes conservando la serenidad ante el peligro consiguieron que sus tropas se replegaran en buen orden, conteniendo al enemigo, y desbaratando por completo los planes de Oyama, esos planes que los japoneses y algunos corresponsales se empeñaron en figurar como realizados con éxito completísimo.

Tácticamente, la batalla de Mukden terminó con la derrota de los rusos, pero derrota cuya importancia no hay que exagerar. El general Kuropatkin fué arrojado de Mukden por la fuerza de las armas, y durante el movimiento retrógrado precursor de la retirada general, las fracciones más avanzadas de su ejército sufrieron pérdidas crueles en muertos, heridos y prisioneros; pero el ejército vencedor quedó tan abatido y quebrantado, que no pudo, mediante una tenaz y enérgica persecución, obtener el fruto que en casos análogos han reportado las tropas victoriosas de otros países. En Tie-ling quedó roto el empuje japonés, y desde allí comenzó á repetirse el caso del Ya-lú, de Hai-cheng, de Liao-Yang...: el avance lento y cauteloso del invasor y la retirada, igualmente lenta, de los rusos hacia su base de operaciones á la que paulatinamente se van acercando.

El plan de Oyama, muy bien ideado y puesto en práctica, fué excesivamente audaz, pero no tan arriesgado como parece á primera vista, porque gracias á la complicidad de los chinos y al profundo secreto de los japoneses—imposible de guardar tanto en Europa como en América,—no se reveló la presencia del ejército de Kavamura hasta que atacó á Renenkampf, ni el de Nogi, que en parte marchó por la orilla derecha del Liao, hasta que amenazó el flanco de los rusos. Si el movimiento envolvente encomendado al ala izquierda hubiera tenido éxito, es indudable que el II y el III ejércitos rusos habrían recibido un golpe de muerte. No omitió Oyama esfuerzo ni ardid para asegurar la eficacia de aquel movimiento, y merecen francos elogios las

operaciones preliminares del I.º y 5.º ejércitos, la heroica conducta del 2.º manteniéndose en las líneas del Sha y aún tomando la ofensiva con fuerzas inferiores, el tesón y espíritu de sacrificio de las tropas de Oku, y la habilísima marcha de Nogi, cuyos batallones, justo es decirlo, no se mostraron á la altura de sus camaradas de los otros cuatro ejércitos.

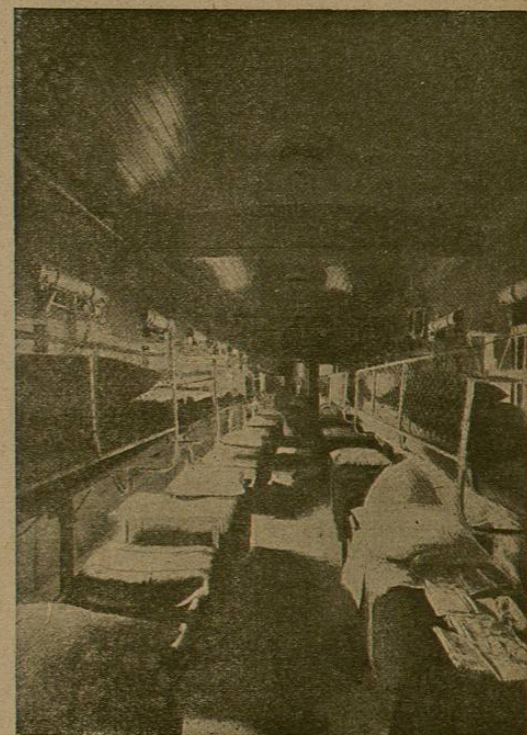
Hasta el 2 de Febrero el general Kuropatkin estuvo engañado, sin comprender el verdadero objetivo de su adversario. Ciertamente que si la caballería de las dos alas se hubiese mostrado más perspicaz y activa, los rusos advertieran con más antelación el doble movimiento flanqueante del enemigo; con todo, para averiguar con certeza la fuerza de las columnas que avanzaban por el valle del Liao, no bastaba la caballería, porque la línea de vanguardias que como cortina ocultaba la maniobra de Nogi, lo mismo podía pertenecer, y así era en efecto, á un ejército independiente, que por primera vez interviniera en las operaciones de la Manchuria, que servir para cubrir y proteger el flanco izquierdo del ejército de Oku. Mas, aún admitiendo que Kuropatkin hubiese destacado hacia Sing-min-tun un cuerpo mixto de las tres armas, tampoco quedara prevenida la marcha envolvente de Nogi, porque éste entonces hubiese trasladado todo su ejército á la derecha del Liao, lo que hizo en parte, apartándolo de la región dominada y observada por los rusos.

En la otra ala, el general Renenkampf advirtió muy luego la fuerza y propósitos del enemigo que tenía enfrente, y su retirada á la segunda línea de defensa, batiéndose contra tropas muy superiores en número y en artillería, le acredita de general inteligente y de rápida percepción, así como antes diéramos muestras de extraordinaria bravura.

En un frente de batalla de 80 kilómetros, imposible de todo punto es prever los ataques del enemigo, y mucho menos llevar las reservas á los puntos más seriamente amenazados, porque dado el proverbial arrojamiento y la impetuosidad de los japoneses, donde quiera que éstos emprendían la ofensiva luchaban con la tenacidad y el deseo de obtener la victoria á todo trance. La solidez de las tropas beligerantes, descartaba toda probabilidad de que, unas y otras, obtuvieran un triunfo fácil y rápido, por lo que éste debía buscarse en la concentración de fuerzas superiores en los puntos decisivos, y en tal concepto aquel de los dos ejércitos que se atreviera á romper el equilibrio en el frente de batalla, debilitándolo en unos puntos y reforzándolo en otros, es decir, el primero que ejercitara una iniciativa inteligente y una resolución inquebrantable, tenía muchas probabilidades de resultar victorioso. Desde este punto de vista, no es posible desconocer que esta iniciativa era mucho más asequible á Oyama que á Kuropatkin, tanto

por contar con la benevolencia y el auxilio tácito y encubierto de la población indígena, como por disponer de la doble base de operaciones del Liao y Corea, contra la débil de los rusos, limitada á la frágil vía férrea.

Estas ventajas fueron hábilmente explotadas por Oyama, cuyo plan de batalla es digno de toda clase de encomios. Los comandantes de ejército secundaron con el mayor acierto al mariscal, esforzándose todos ellos en el cumplimiento de sus deberes, y prestándose apoyo mutuo. Destacan en primer término los generales Kuroki y Oku: el primero, á quien en realidad los japoneses debieron la victoria, no titubeó en sa-



Dormitorio en un coche-ambulancia del transiberiano

crificar sus tropas de primera línea en los combates en la región montañosa, rehuyendo el empeñar las reservas en la refriega á fin de tenerlas intactas y á mano en el momento decisivo; el abandono inexplicable de Kui-san por los rusos, fué magistralmente aprovechado por el general Kuroki al derramar en aquella dirección todas sus tropas disponibles y convertir en victoria lo que parecía próximo á terminar en derrota; y más tarde, cuando roto ya el centro enemigo comenzaron los rusos la retirada, mantúvose sereno Kuroki sin dejarse llevar de la embriaguez del triunfo, y detuvo el movimiento de avance de su ejército y aun le hizo retroceder, al advertir que el I ruso iba á caer contra su flanco y el III le acometía